

A JULIO CÉSAR KRÜGER CASTRO¹

(10/02/1936 - 20/11/2010)

ÓSCAR AUGUSTO GARCÍA ZÁRATE

La Facultad de Letras ha sido nuevamente golpeada. En los últimos tres meses, ha padecido la muerte de tres de sus profesores más representativos. Aún no nos recuperábamos del impacto emocional que produjo en nosotros el fallecimiento de Paquita Vexler, la muy querida profesora de Filosofía Moderna, cuando debimos afrontar la noticia de que Aída Mendoza, la respetada lingüista y políglota, había muerto. De eso hace apenas dos semanas. Y hoy nuevamente nos encontramos reunidos en medio de profunda consternación y enorme pena para despedir a otro miembro de nuestra comunidad.

Julio César Krüger Castro tuvo una brillante carrera como filósofo. Fue profesor durante cerca de cuatro décadas en la Universidad San Marcos, desempeñándose hasta en dos oportunidades como Decano de esta Facultad. Fue Director del Instituto de Investigaciones del Pensamiento Peruano y Latinoamericano (IPPLA) y Presidente de la Sociedad Peruana de Consejería Filosófica y Práctica Filosófica (SOPECPRAFIL). Al momento de fallecer, como todos sabemos, tenía bajo su cargo la Dirección de la Unidad de Postgrado de la Facultad de Letras.

Para nadie es secreto que Julio César encarnó el ideal de filósofo. Su mente fue crítica y su espíritu despierto. Nunca calló lo que pensaba y jamás se pronunció sin tener un argumento como base.

1 Discurso pronunciado el 22 de noviembre de 2010 en las exequias fúnebres de Julio César Krüger.

Dado lo peculiar de su persona, es, sin embargo, sumamente difícil equipararlo con un personaje histórico en específico. Si tuviésemos que configurar un perfil, éste sería, más bien, la combinación de dos: el del viejo Sócrates y el del joven Marx.

Como en su momento se hizo con Sócrates, de Julio César también podríamos decir que fue una especie de tábano. Nadie estuvo libre de su dialéctica. Estudiantes, colegas, trabajadores y amigos fueron agujoneados una y otra vez con sus preguntas, recibiendo siempre a modo de paliativo para la punzada una dosis noble de fina ironía. Su magisterio tuvo como objeto sacarnos del sopor de la cotidianidad y despertarnos a la luz del conocimiento. Es, desde luego, el Sócrates de la madurez, aquel que se preocupaba más de los problemas de la tierra que de los celestes, el hombre más sabio, como bien señaló el oráculo.

No tenía la verdad, es cierto. Pero la buscaba. Y sólo por eso debemos decir que estuvo más cerca de ella que cualquiera de nosotros. Nunca se dejó obnubilar por la fatuidad que despiden aquellos que, carentes de humildad, se consideran a sí mismos sabios. Siempre los cuestionó, haciendo uso de sólidos razonamientos, y mostrando en último término que aquello que pretendían conocer era, en realidad, nada.

Como el joven Marx, Julio César se sentía profundamente comprometido con el devenir histórico de las relaciones humanas. Era un espíritu ilustrado, admirador de la ciencia moderna e inspirado por los clásicos. La filosofía, para él, no estaba reducida a una mera empresa de lucubraciones ajenas a lo social. El punto no era sólo interpretar el mundo, sino, sobre todo, cambiarlo. Y para bien, obviamente. Pues, al igual que Epicuro, pensaba que si la filosofía no contribuía a la mejora en el bienestar de las personas, entonces carecía de todo sentido y justificación. Julio César es el joven Marx, vanguardista y romántico a la vez, ateo, pero también espiritual.

A Sócrates y Marx, debemos añadir los nombres de Víctor Li Carrillo y José Antonio Russo Delgado. En efecto, si los primeros influyeron en él de manera mediata a través de los textos y registros

históricos, la influencia de los últimos fue directa, frente a frente en las aulas y pasillos de nuestros claustros. Víctor Li infundió en él la admiración por el pensamiento griego. Ésta no fue fetiche ni cosa de anticuarios. La enseñanza de Li nunca consistió en el estudio de vanas etimologías ni en fomentar el culto a los autores o la erudición afectada y *kitsch* antes que la argumentación. Los antiguos se leen, no para memorizarlos, sino para evaluarlos y ejercitar así el uso de nuestra propia razón. Otro camino no es propiamente filosófico.

Además de un consumado helenista, Li era un matemático y hombre de ciencia. Bajo su tutela, Julio César cursó un postgrado en teoría de la ciencia. Éste tuvo un efecto permanente en su discurrir. Sus tesis y argumentos nunca estuvieron de espaldas a la ciencia. Fue crítico de ella, desde luego, pero en un sentido constructivo, lejos del nihilismo oscurantista de aquellos que pretenden tachar como inviable aquello que no se esfuerzan por entender.

José Antonio Russo sembró en nuestro amigo la admiración por el pensamiento oriental. Los *Upanishads*, el *Rig Veda* y el canon del budismo mahayana fueron también fuentes de inspiración. La enigmática personalidad de Russo supo ver desde el inicio en él a un brillante futuro intelectual.

En una palabra, de Li Julio César tuvo la rigurosidad, de Russo la motivación.

Como ya se ha dicho en estos días, fue un hombre de vastos conocimientos, sutil lógica y vivo carisma. Disertaba con igual facilidad sobre los presocráticos, el racionalismo moderno, la dialéctica decimonónica, sea hegeliana o marxista, el post-estructuralismo y la epistemología contemporánea. Tuvo particular interés en los métodos de la filosofía y en época reciente introdujo al país la consultoría filosófica.

Todos reconocen en él a una persona que nos invitó a pensar y hacer. Por ejemplo, Juan Gargurevich, el conocido periodista, afirma que le abrió los ojos en relación con Heráclito y Parménides; y el crítico literario Santiago López Maguiña que experimentaba fascinación por él desde sus épocas de estudiante cuando lo escuchaba hablar de los post-estructuralistas y la deconstrucción.

Julio César es desde todo punto de vista admirable. Su partida, al igual que la de Paquita y Aída, deja un enorme vacío. Es necesario que ustedes, estudiante y colegas, se esfuercen por llenarlo. A eso estamos llamados y eso, la excelencia académica, antes que cualquier otra cosa, sería el mejor homenaje. Sin duda, será difícil alcanzar la altura de nuestros tres amigos, pero pensemos que, en tanto maestros, nada los haría más felices que ver a sus discípulos superándolos. En eso radica su éxito.

Si algo justifica nuestras vidas, es contribuir a forjar algo mejor.

Gracias.